

Las elecciones supervigiladas de 1928

Jorge Eduardo Arellano

El domingo 4 de noviembre de 1928, el general José María Moncada fue favorecido por una amplia mayoría de votos para ocupar la Presidencia de la República.

Moncada era el líder del Partido Liberal Nacionalista. El conservador Adolfo Díaz, quien se hallaba al frente del Ejecutivo desde el 11 de noviembre de 1926 por imposición de los Estados Unidos, terminaría su gobierno el 31 de diciembre de ese mismo año; entonces, al día siguiente, impondría la banda al presidente electo. Y así fue. Con ello, el esquema de la paz americana en algunos países de la cuenca del Caribe se aplicó una vez más.

McCoy y la supervigilancia electoral

Las recién pasadas elecciones eran la culminación del famoso Pacto del Espino Negro (pisonia aculiata es el nombre científico de ese árbol) celebrado en Tipitapa el 4 de mayo de 1927. El representante personal del presidente Calvin Coolidge, Henry L. Stimson, lo había impuesto dando final a la guerra civil. Poco después, el mismo Coolidge nombró a otro representante personal, el general brigadier Frank Ross McCoy (1874-1954), para dirigir la supervigilancia de esas elecciones por las fuerzas estadounidenses. McCoy fue recibido oficialmente por los dirigentes conservadores y liberales. Como el 13 de marzo de 1928 la propuesta Ley McCoy fue derrotada en la Cámara de Diputados por la facción mayoritaria controlada por Emiliano Chamorro; el presidente Díaz comprometió a la Corte Suprema de Justicia para que el 17 de marzo se nombrase a McCoy presidente del Consejo Nacional de Elecciones. Cuatro días más tarde, Díaz otorgó por Decreto del 21 del mismo mes, plenos poderes a dicho Consejo. Ese decreto estaba reñido con el artículo 84, párrafo 2 de la Constitución, el cual prescribía que el Congreso era el encargado de “regular los votos, calificar y declarar la elección del presidente y vicepresidente”. Al mismo tiempo, en su artículo 2, el nuevo decreto anulaba la Ley Electoral del 20 de marzo de 1923 —la llamada Ley Dodd— y las otras leyes y decretos ejecutivos que posteriormente se aprobaron reformando o adicionando dicha ley.

Inscripciones y cantones electorales

El 2 de agosto McCoy impidió que “terceros partidos” participaran en el proceso electoral. De esta forma, negaba que incipientes organizaciones políticas —afines al sandinismo, alzado en Las Segovias desde mayo de 1927— tomaran parte en el mismo proceso, declarando al respecto: “La paz es lo esencial”. Las inscripciones de votantes tuvieron lugar el 23, 26 y 30 de septiembre, y el 3 y 7 de octubre, sin

incidente alguno. El 12 de octubre fue informado al Departamento de Estado que los ciudadanos inscritos sumaban 150,000.

El día de la elección, 12 aviones de la Marina estadounidense volaron sobre las 432 localidades del país o cantones electorales, cuyos presidentes eran 344 marines y 88 marineros de la Fuerza Naval. Había en cada mesa, además, un sargento de la Guardia Nacional con la responsabilidad de mantener el orden. El control interventor era absoluto.

El triunfo liberal

Como era de esperarse, la fórmula liberal Moncada-Aguado triunfó sobre la conservadora Benard-Cardenal por una mayoría de aproximadamente 20,000 votos, exactamente 19,689. En realidad, el total de votos emitidos fue de 133,663, correspondiendo 76,676 (el 57 por ciento) al Partido Liberal Nacionalista, y 56,987 (el 43 por ciento) al Partido Conservador.

“Los liberales —concluye el historiador estadounidense Thomas J. Dodd en su investigación a fondo sobre esos comicios— tuvieron éxito no porque Washington deseara simplemente el cambio, sino porque Henry L. Stimson quería que Moncada triunfara. Así lo había acordado el Pacto del Espino Negro”.

Esto explica que el 6 de noviembre de 1928, el presidente electo enviara por radio a Stimson —gobernador general, para entonces, en Filipinas— este mensaje: “Elecciones ordenadísimas. Gran mayoría liberal, alrededor de 30,000. Felicitaciones por su labor en Tipitapa. José María Moncada”.

Un testimonio estadounidense

El ambiente que prevaleció durante el día de la elección puede apreciarse en el testimonio de uno de los supervisores estadounidenses, Edgard W. McClellan: “Toques de diana despertaron a los Infantes de Marina en toda Nicaragua (...) cerca de 80 destacamentos desde San Juan del Norte hasta Cabo Gracias a Dios, desde San Juan del Sur hasta Ocotal y Poteca (...) 5,642 oficiales y hombres de la Armada y la Infantería de Marina y 1,869 guardias nacionales. Los nicaragüenses votaron pacíficamente. Impregnaron sus dedos de tinta roja para indicar que ya habían votado. La propaganda era desenfrenada y hasta corrían rumores, iniciados por Sandino, de que los norteamericanos usarían un producto químico para envenenar a los votantes”. Y agrega McClellan que los Infantes de Marina trajeron las urnas electorales hasta Managua a lomo de mulas, en carretas de bueyes, en bueyes de carga, en aviones, barcos (a través de los lagos de Nicaragua y Managua), trenes, camiones y sobre los hombros.

La aceptación de los conservadores

Los militantes del Partido Conservador aceptaron la derrota y no hicieron ningún esfuerzo por rechazar o negar la cifra final de los votos emitidos: el 90 por ciento de quienes se habían empadronado durante los meses de septiembre y octubre, o sea, 133,663. Comparativamente, una cifra muy superior a los votantes en las elecciones de 1924: 64,026 personas de un total de 120,000 empadronados.

El principal periódico conservador resumió la nueva actitud del partido al declarar: “Debemos admitir francamente el triunfo de nuestros adversarios políticos. Los ciudadanos nicaragüenses fueron con plena libertad a las urnas bajo la supervisión norteamericana. Los conservadores y los liberales utilizaron su derecho al voto.

Los liberales obtuvieron la victoria (...) La honestidad americana en la supervisión electoral debe constituir un testimonio y una causa de orgullo legítimo” (La Prensa, 7 de noviembre, 1928, p. 1).

La incapacidad del candidato Adolfo Benard

Varios factores explicaron la derrota conservadora. El más evidente fue la incapacidad como líder político de Adolfo Benard, quien demostró una actitud derrotista a lo largo de la campaña. Según el diario La Noticia su hijo, del mismo nombre, apostó 30,000 córdobas “a que triunfaría la candidatura de su padre”, pero este no lo apoyó. “El guante fue recogido por Gonzalo Pérez Marín, hijo del doctor Gonzalo Pérez Alonso, quien por medio de su abogado, el doctor Rosendo López, notificó al Príncipe de Gales del Rey del Azúcar que le aceptaba el reto. A última hora, Benard se rajó, como dicen los mexicanos”. (La Noticia, 5 de octubre, 1928).

Casi un mes después, el propio candidato conservador le confesó públicamente a Moncada, una semana antes del día de las elecciones: “No tengo la más pequeña libertad. Si hubiera sospechado lo que era ser candidato no hubiera aceptado la nominación. Mis lecheros son más felices que yo”.

Por lo demás, ambos candidatos —Moncada y Benard— coincidían en prolongar la permanencia de las tropas estadounidenses en el suelo patrio. De allí que Salomón de la Selva advirtiera que los moncadistas y benardistas integraran un solo partido: “El partido rojiverde, el partido yanquista, el partido de Wall Street”, caracterizado por su “obediencia servil al amo extranjero”; y lo confrontaba al partido, o sector cuya divisa era “rojinegra, la que ondea en los campamentos del general Sandino y cuyos principios son antiimperialistas”.

La propaganda liberal

Por su lado, los liberales invirtieron en más y mejor propaganda. Por primera vez en el país se colocaron cartelones en las calles. Uno de ellos, en Managua, decía: Vote por el General Moncada, candidato del pueblo. El triunfo liberal es la victoria de los nicaragüenses. Instrucción Pública. Industria. Agricultura. Artes. Ferrocarriles. Culto garantizado.

Beneficencia (La Noticia, 25 de octubre, 1928). Tres días más tarde, el citado diario publicó una décima anónima, bajo el título de “Lira popular”, dedicada al general Moncada: Este egregio paladín / de notable aspiración / regirá nuestra Nación / del uno al otro confín; / y nadie podrá por fin / aun luchando de verdad, / arredrar su heroicidad. / Cuando él sea presidente / nos será más esplendente / el Sol de la Libertad. Incluso Moncada había despertado el interés de las mujeres, quienes no podían ejercer el derecho al voto. La Presidenta en Nicaragua de la Unión Panamericana de Mujeres, María Cristina Zapata de Montealegre, había lanzado un “Manifiesto” en Chinandega a favor del candidato liberal y escrito unos versos pareados bajo su retrato, el cual ornaba el salón de la señora Zapata de Montealegre dentro de un original marco en forma de herradura. Decían: En una herradura dorada / Tengo al irreductible Moncada. / Amuleto contra el mal, / La emboscada y el puñal. / Contra toda lo venal, / Y contra el fraude electoral. / Es como una armadura, / Fuerte, contra la desventura. / Símbolo de buena suerte, / Escudo también contra la muerte. / Tal es mi herradura dorada / Que escuda al invicto Moncada.

Desde México, el escritor liberal Hernán Robleto dio declaraciones políticas afirmando que estaba con Moncada y que Sandino era “un caso de literatura”. “A Sandino —dijo— lo ha hecho la literatura y yo he contribuido en el lírico terreno del episodio; pero en la vida práctica, tras la lupa del examen, no soy tan tonto para no comprender que de la fantasía a la realidad hay una distancia inmensa y que Sandino no responde al interés nicaragüense” (La Noticia, 3 de octubre, 1928).

El mensaje de los autonomistas-sandinistas

¿Y los partidarios del rebelde general Sandino que trataba de evitar las elecciones? Optaron por la abstención como se revela en esta hoja suelta impresa en la Tip. “El Diarito”, de Managua; pero suscrita en San Rafael del Norte el 10 de septiembre de 1928 y reproducida en La Noticia del 1º de octubre de 1928; titulada “A los correligionarios del Norte”, decía:

Ya estamos a las puertas de la elección. ¿Cuál debe ser la actitud nuestra? No está difícil comprenderla. Como liberales, tenemos que estar siempre contra los conservadores, nuestros enemigos históricos; pero como autonomistas, como admiradores de Sandino, como soldados de la autonomía nacional, tenemos que estar, y con más energía, contra Moncada. / Si triunfa el Partido Conservador no nos debe importar, puesto que ya sabemos lo que ha sido en relación con nuestra Patria.

Si triunfa Moncada sería mayor desgracia para el liberalismo, pues quedaríamos vistos como yankistas, como serviles, como malos; y nuestras páginas heroicas de patriotismo, escritas por [Benjamín F.] Zeledón en Masaya, y por Sandino en estos departamentos, quedarían borradas.

Moncada no puede ser bandera de un partido porque no pertenece a ninguno. Vino como conservador peleando en la guerra de la Costa contra el liberalismo doctrinario, representado por el doctor [José] Madriz; y ahora quiere aparecer como liberal únicamente para llegar a la presidencia. / La actitud nuestra: la de los autonomistas sandinistas, de los patriotas, debe ser la abstención. Votar por [Adolfo] Benard sería una vergüenza para nosotros los liberales. Votar por Moncada sería una traición bochornosa para nosotros como nicaragüenses sandinistas. / No ayudéis a Moncada, que obscureceréis nuestras glorias.

La toma de posesión el 1° de enero de 1929

Moncada llegó a la primera magistratura y tomó posesión de la misma el 1° de enero de 1929. En su discurso recalcó que la principal contribución del país al hemisferio, era la de ofrecer una posible comunicación interoceánica, es decir, nuestro mito del canal. El Jefe Director de la Guardia Nacional, general Elías Beadle había preparado cuidadosamente la ceremonia. Así, los conservadores Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro no solo estuvieron presentes en ellas, sino que acompañaron al nuevo mandatario a la Casa Presidencial.